

IX

LA LLANURA

Descripción de la planicie--Aspecto triste de las sabanas--Relaciones confundidas de tiempo y espacio--Empequeñecimiento de las perspectivas--Los cordones de selva y las *matas* aisladas--Los senderos y la orientación--Las lejanías--El nacimiento del sol--Diferentes especies de suelo--Explicación de los *surales*--La loma de Alvarado--Lo que allí musita el *mohán*.

La media luz verdosa del bosque se torna de repente en luz esplendorosa y brillante, con el mismo efecto que se experimenta al salir de un socavón.

La parte de pastos está guarnecida a uno y otro lado por una orla de bosque, por sobre el cual desciuelan los penachos de las palmeras. La ilusión que producen estas líneas paralelas de follaje, es que ellas constituyen las márgenes de un gran río, cuyas aguas amarillentas tienen un rizo de ondulación imitado por la paja movida por el viento. Una mata de arboleda situada en medio del cañón del aquel río estático, a modo de isla, completa la ilusión fluvial. La vista, encauzada por este cañón, busca el horizonte lejano y encuentra las perspectivas del río que la imaginación se ha forjado. Un aliento de lejanía y de marina confusa invitan a la aventura, como cuan-

do se contemplan los espacios en noche estrellada: se siente la provocación de un vuelo, la seducción de lo ignoto, el instinto errabundo de las migraciones.

La soledad y el silencio, la fuerte brisa que viene de allá abajo como mensajera de una región vacía, las lontananzas melancólicas de dos líneas de árboles que se alejan y se pierden de vista, despiertan en el espectador algo como la emoción de una despedida. El buque balanceándose en la rada, el pitazo de la locomotora, el camello enjaezado a las puertas del desierto, todo lo que promete irse prepara en nuestra alma la actitud de un *adiós*. Hay en esto una vaga tristeza.

Otros explicarán en qué consiste la provocación que ofrece la sabana al ensueño, a la meditación, al delirio. La vista del río quieto, del suelo mustio, del espacio callado, por qué levantan en el alma el misterio de lo eterno? Es que la ondulación que se amplía hasta el límite del horizonte transforma nuestras nociones de estática en nociones de dinámica, las cuales, por una sucesión en serie mental, conducen a la concepción vaga del infinito en el tiempo? Al borde del bosque que constituye la vida, limitada e inquieta, y al comienzo de la sabana que, por aquella metáfora mental, parece representar lo eterno, se medita y se sueña....

Dicen en Villavicencio que las leguas y las horas llaneras son muy largas. Cuando un habitante del Llano expresa una distancia, sea en magnitud lineal,

ta en el tiempo empleado en recorrerla, se atiene naturalmente a la noción de espacio a que está acostumbrado. La inmensidad enseña que las leguas y las horas son pasos y son instantes. Para quien mira por primera vez la sabana, le parece que es un potrero y que de punta a punta del bosque que la limita, no hay sino unas pocas cuadras. Por esto, a quien ha mirado por muchos años la engañosa perspectiva, le importan muy poco las leguas y las horas.

El hombre en la sabana es menos que una hormiga: a un kilómetro de distancia se le ve el sombrero y a dos kilómetros ha desaparecido entre el pajonal.

Cuando se alcanza a ver un vaquero que por calidad anda por el mismo sendero que úno recorre, parece que estuviera quieto: sus pasos y los del caballo en que úno galopa se suman para la aproximación, pero la magnitud de los puntos de comparación hacen microscópicos el tamaño del hombre y su velocidad. Los árboles gigantescos que bordean los linderos de una sabana, se ven como los enanos matrales que sirven de valladar a cualquier predio rústico. Una enhiesta palmera que levanta su plumaje sobre el tallo rectilíneo, no se ve más airosa en la llanura que una espiga en un prado.

La consecuencia de esta ilusión de las magnitudes es el empequeñecimiento del panorama. La magnificencia del paisaje pierde, pues, mucho en la mente del espectador.

Como en el mar, el paisaje en el Llano es monótono. A uno y otro lado y a distancias más o menos

largas, siempre una fila casi rectilínea de bosque que, ora se pierde en el horizonte, ora hace una quiebra en forma de península que lo limita. Estas puntas de verdura son las miras indicativas del sendero y generalmente tienen su nombre en el lenguaje pintoresco del llanero. «Entre la punta de *Los cafuches* y la de *El mico* hay una hora.»

Los cordones de selva están cortados por un sendero, cuya entrada es imperceptible, para pasar de una sabana a la sabana vecina. Después de haber recorrido un largo descampado a pleno sol, la travesía de estas cintas de bosque es deliciosa. Por el eje de cada una de estas cintas corre un riachuelo de aguas silenciosas, las cuales en el Llano toman el nombre de *caños*. El paralelismo de los ríos y caños del Llano forma tiras de sabana, desde la cordillera hasta el Meta, con cierta independencia entre sí y en veces aisladas por lo invadable de las grandes corrientes.

Contiguas unas a otras y ensambladas entre sí por una costura de bosque, a derecha e izquierda, por todo el pie de la cordillera, desde Uribe hasta el Sarare, del Mediodía al Septentrión, y hasta los remotos confines de Venezuela y el Brasil, corre la llanura oriental de Colombia, con pretensiones de infinita.

Un *mata de monte* es una agrupación limitada de árboles, un pequeño islote en medio de estos mares de gramíneas. «Donde se muere una res, nace una mata,» dicen los llaneros. Son como oasis del desier-

to, de sombra bienhechora para el caminante calcinado por el sol. Las palmeras se agrupan en familias para formar las *matas de moriche*. Todas las *matas* del Llano tienen un nombre, y casi todas una historia de tigres y sirven al caminante como puntos de itinerario.

— «*Enjila por la mata del encanto* a dar con la *mata de los pericos*; muerde el banco de sabana, se recuesta sobre el monte del caño y se deja *d'ir*.» Así dan sus señas del sendero los llaneros.

Cuando la sabana ha sido quemada y está en retoño, se ve el sendero de 30 centímetros de ancho, sinuoso como la huella de un borracho. Esta cinta, casi imperceptible, ante alguna dificultad de más adelante, vacila en su nitidez y se subdivide perpleja para sortear diversas soluciones del conflicto. Pasado éste—un *sural*, un bache, una ciénega, un hoyo—la cinta imperceptible se unifica nuevamente y sigue sin vacilación indicando el rumbo. Pero en veces, después de la subdivisión no aparece adelante la dificultad que hubiera de producirla, y se sigue andando, andando, hasta que el caminito engañoso conduce al viajero al centro de una sabana desconocida, en la cual no se sabe dónde está el norte; entonces, si el viajero no lleva provisiones en las alforjas, puede pasar muchas hambres antes de volver a orientarse. Viejos conocedores de los diferentes bancos de sabana, por evitar un *sural* y en persecución de una res, suelen quedarse desorientados y aturdidos en medio de la llanura, sin saber para qué lado echar. No es fácil darse cuenta de cómo se pierde un hom-

bre en un espacio, al parecer limitadísimo y rodeado de muchos puntos de referencia. La *mata de las guasas* no puede confundirse con la *mata del entelerido*; la *punta de las avispas* tiene una palma descopada que la distingue perfectamente de la *punta del présteme medio* que le queda contigua, la cual termina en un árbol de caucho; el *rincón de los fríos* tiene un morichal en línea recta, al paso que en el *rincón de la médica* hay una laguna que no se presta a confusión, y sin embargo, el hombre aturdido en la sabana que conoció desde niño, descubre muchas *matas* que no había visto jamás y ve otras tantas palmeras descopadas y árboles de caucho a la orilla del bosque y lagunas y morichales en rincones nuevos para él. Eso es lo que se llama, en términos pastoriles, el *encantamiento del banco*.

Vaya usted a dejarse d'ir por las señas de un llanero y verá lo que le acontece por estas sabanas de Dios!

El horizonte en el Llano casi siempre está limitado por una línea azul de arboleda que se pierde entre la bruma; pero en raros casos, especialmente en Casanare donde las sabanas son más extensas que en San Martín, la limitación del *banco* se retira de tal manera que se ve en el confín la comba marina. Sobre este disco redondo de la tierra es por donde conviene presenciar el nacimiento del sol. Las estrellas del hemisferio empiezan a ponerse mustias y se apagan una a una; parece que la aurora, como una entidad mitológica, tomara en sus labios la trompe.

ta del bullicio para despertar al mundo y convidarlo al espectáculo, y el mundo de la llanura, compuesto de animalejos de toda especie, como una muchedumbre impaciente, empieza a murmurar por el retardo: los pájaros entonan una verdadera rechifla, las vacadas producen un murmullo como de duda, los sapos, las chicharras, los grillos y demás hijos menores de la selva, como chicos malcriados, hacen también en algarabía insopportable sus manifestaciones de mofa: tal parece que se tratara de un espectáculo chistoso! Y el sol, a la postre, sale dando pequeños saltos, hecho una ascua pero inofensivo, enorme, lento, magnífico y soberbio como un rey, como una Providencia a iluminar la pradera, como un Dios ante quien las flores presentan sus corolas, las meses ofrecen sus tributos, los elementos vibran a la vida y los hombres de la llanura se prosternan para adorarlo y pedirle mercedes!

No es el suelo de la llanura, como es de fama, una mesa de billar. Cada placa de sabana tiene una inclinación en diferentes sentidos: ora parece que sube el terreno, ora parece horizontal, ya se inclina al norte, ya al sur; en veces tiene un lomo en el centro, en veces ofrece una hondonada bien perceptible. Para formarse una idea cabal del *movimiento* del suelo en el Llano, es preciso comparar las sabanas con los escudos de una tortuga, cada uno de los cuales afecta la forma de una superficie alabeada.

En la llanura se distinguen dos especies de suelo: el banco y el vegón. El primero es alto y seco, el

segundo es deprimido y pantanoso. En medio de los bancos suele haber una curiosa conformación del suelo que denominan *sural* en la región. El sural es un profundo resquebrajamiento de la corteza superficial del suelo, el cual constituye un grave peligro para los ganados y viandantes de a caballo que en él se internen. Caer en un sural puede ser la muerte, por las dificultades de la salida, desde luego que algunos son tan profundos que ocultan una bestia de alta talla. Hay *surales de hoyo* y *surales de zanja*, a cual más fatídicos para el pastoreo. No se confunda el sural con el pantano o el tembladral: aquél es seco en verano y muy barrialoso y resbaladizo cuando llueve y de tan enredado laberinto que una res caída en él no vuelve a salir y sucumbe de hambre y de sed, después de agotar sus fuerzas para engolfarse más y más en el dédalo fatal. Para salvar un toro *ensuralado* hay necesidad de levantarla en peso con mil dificultades, haciendo pie firme en los almohadillones secos, y sacarlo en andas.

Poco importa saber cómo se forman los surales en qué consisten, qué fenómeno geológico los origina; el sural es la peor de las amenazas que ofrece el Llano, inclusive los tigres y los cuivas, y eso basta al conocimiento del colono novel. Pero, con el objeto de explicarlo mejor, vaya la siguiente hipótesis sobre su formación.

Parece indudable que el suelo de la llanura es de origen lacustre. Bajo la capa superficial hay lechos de arcilla, arena, cascajo y turba alternados. Una capa de arcilla seca tiene por debajo otra de arena húme-

da y movediza, la cual al más ligero movimiento produce un vacío que hace el papel de caja sonora al paso de las cabalgaduras, como se observa en muchos sitios que pueden llegar a convertirse en surales. Llueve diluvialmente, como es el caso corriente en el Llano, el agua se apoza y se infiltra por fisuras y enraizamientos; luégo vienen el sol y las quemadas del verano a resquebrajar la cáscara falseada, para formar el sural.

La uniformidad es muy socorrida para acrecentar los más pequeños acontecimientos: así los hombres que viven una vida llana tienen generalmente materia para muchas narraciones de aventuras. Otro tanto sucede en la inmensa planicie oriental, donde cualquiera arruga del terreno es como una montaña. Hacia el centro de la sabana de Apiay que se desarrolla entre los ríos Guayuriba y Guatiquía, por ejemplo, hay una cosa estupenda: *la loma*. Es la loma una tentilla que podría medirse por gemes y pulgadas, pero se ve como una cordillera a varias leguas de distancia. En esa loma tenía hace muchos años su casa de habitación el llanero Alvarado, tipo clásico del hombre de la pampa, que ha dejado imperecedero recuerdo. Hoy, por supuesto, en este mover incesante de la vida nómada del Llano no queda del *hato de Alvarado* sino un cariñoso recuerdo, fantaseado por la leyenda; pero subsiste una cosa en la cúspide de la loma: el *ojo de agua* que indujo al viejo llanero a construir allí su casa, o mejor dicho, a armar allí su tienda en la peregrinación del desierto.

Desde la cumbrecilla se contempla en majestuoso conjunto una grande extensión del Llano, como desde el alto de Buenavista y las *Torres de Medina*, y en todos esos observatorios la inmensidad silenciosa y suggestiva, inspiradora de fantásticos y hermosos proyectos, habla el mudo lenguaje de maravillas y opulencias. «Esto va a ser una Argentina septentrional, en cuanto los colombianos escuchen mi voz de llamamiento hacia aquí,» piensa el viajero soñador de grandezas para la Patria. «Por aquí, por el pie de esta loma va a correr muy en breve y todos los días el humilde carretón, cargado de productos del pie del cerro, para embarcarlos en el inmediato puertecillo del Meta: la sal de Upín, a inundar el Orinoco y la Amazonia ; el cacao, el arroz, el algodón, la harina de plátano de más de 500 labranzas de los contornos de Villavicencio, a venderse en los mercados de Europa y Estados Unidos, a precios remuneradores que habrán de indemnizar generosamente las labores del *conuco* ; por aquí volará después el automóvil sin tropiezo alguno, en busca de la pequeña gasolina que se balancea en Barrigón, para comunicar a Bogotá con Ciudad Bolívar en ocho días ; mediante el sabio fomento del éxodo ganadero de las sabanas de Apure, esto va a quedar colmado en diez años, y entonces los *packing houses* y los ferrocarriles y la civilización y el poderío militar....» Tal es lo que musita el *mohán* en la *loma de Alvarado*.

¡Quién pudiera, como Alvarado, montar allí su tienda y aguardar la tarde de la vida, aurora de esplendores para la Patria !